

“Ya nos ha entrado demasiada sangre a los ojos”.

Entrevista a Alejandro Almazán

“We Have Seen Enough Bloodshed”.

Interview to Alejandro Almazán

Danilo Santos López
Ainhoa Vásquez Mejías
Ingrid Urgelles Latorre

Alejandro Almazán, uno de los escritores mexicanos más importantes del momento, autor de las novelas *Entre perros* (2009) y *El más buscado* (2012), guionista de la narcoserie *El Chapo* –que actualmente se transmite por Netflix– y tres veces Premio Nacional de Periodismo, solo por nombrar algunos de sus múltiples méritos, tiene otra gran característica que atraviesa toda su producción: Alejandro Almazán se desborda, habla, ríe, despótica, divaga, recuerda, profetiza, todo a la vez en un solo segundo, sin respirar ni parpadear. Alejandro, que creció en un barrio humilde y violento de la Ciudad de México y que hoy como periodista retrata la guerra contra el narcotráfico, piensa (siente) que la vida dura un minuto y hay que aprovecharla.

Y es que esta lección la aprendió desde niño, con la muerte rondándolo de forma constante, siendo testigo de asesinatos e incluso creyendo ser él mismo un asesino: “Yo tenía 13 años y estaba en la tienda de mi mamá. Llegó una señora que era conocida como ‘la bruja’ a robar, me enojé y le dije que no lo hiciera y sacó una botella con un líquido verde y comenzó a aventarlo. Yo pensé que esa señora estaba arruinando el negocio de mis padres. Salí, agarré una botella que estaba llena de algún líquido y le empecé a pegar con ella, no sé cuántas veces. En algún momento me doy cuenta de que la señora se está desangrando, yo estoy lleno de sangre, la botella también. La señora se echó a correr y yo me quedé como estatua. Le conté a mi mamá lo que había ocurrido y se asustó. Regresamos a la tienda y vimos el charco de sangre y todos los de la colonia dijeron ‘Alejandro mató a la bruja’. Fue una noche de pesadilla, fue terrible. Solo me acuerdo que en ese entonces creía en Dios y le recé pidiéndole que mañana no me acordase de esto. En la mañana, mi mamá fue a preguntar al lugar en que se refugiaba y sí la habían visto y la habían llevado al médico para coserla. Estaba viva. Les cuento esta anécdota porque cuando creces en la violencia, esta te jala”.

“La infancia es destino”, nos repitió varias veces en nuestra conversación en Chihuahua: la muerte, la pobreza, la violencia que conoció desde niño no ha dejado de ser una huella que lo ha marcado hasta ahora que es un adulto exitoso. ¿Por qué escribir sobre la violencia? le preguntamos, conscientes de que la respuesta ya nos la había dado: “porque son míos, es mi casa, son mis colores, mis olores, mi alrededor. Cuando llego a la violencia siento que ya lo viví. Me puedo sentar con un sicario, un secuestrador, un tratante de blancas, o lo que sea, porque eran los sujetos con los que yo convivía”. La normalización de la violencia, del alcoholismo, del *bulling*, de los golpes y los abusos como parte de lo cotidiano.

¿Qué fue, entonces, lo que lo salvó del barrio? “el amor”, nos confiesa. El amor a la madre y el reconocimiento a sus sacrificios. Y el amor a las letras, la literatura como tabla de salvación a la barbarie, a pesar de los reclamos de su madre quien consideraba que leer era una pérdida de tiempo. La literatura que su padre llevó a la casa para acrecentar una biblioteca familiar y las novelas que le hizo leer su profesor en la escuela. La violencia convertida en palabras y no en sangre derramada, la violencia contada de múltiples maneras poéticas, como las historias de Paulo Lins, José Revueltas y Juan Rulfo, que leyó en distintos momentos de su vida: “*Ciudad de Dios* desde que empieza hasta que acaba es súper sangrienta. Lo que le ayuda es la poesía, la manera en que está contada. Yo intenté eso en *Entre perros*, que no hubiera solo frases duras, sino que hubiera algo más poético, contar la violencia. Lo que me ha dado Rulfo es la oralidad, me enseñó que la literatura para que se enriqueciera tenía que vincularse con la oralidad. Un asesino no puede hablar como si trajera un diccionario en la mano, y hay que encontrar las muletillas, las frases que te dan ese sentido, que a veces te da risa o tristeza. José Revueltas me ha enseñado más acerca de este periodismo real, el realismo”.

El periodismo se convirtió en el camino lógico de quien ha encontrado en las palabras un sentido para narrarse y narrar su mundo. Y cambió la historia de su barrio por la historia del país, golpeado por el narcotráfico, la violencia de los capos y la violencia institucional. Muy poco después esa realidad la mezcló con la ficción, porque había tanto que dejaba afuera en sus crónicas, tanta realidad insólita e irracional que nadie le creería si la escribía para un diario: “Si yo hubiese inventado que el Chapo se fugaba por un túnel de kilómetro y medio, nadie me hubiera creído, es absurdo, pero existe. Me fui dando cuenta que la realidad supera la ficción, este lugar común [...] Creo que el mismo periodismo me llevó a hacer literatura”.

Entre perros, su primera novela, tiene ficción y realidad que, como el mismo Almazán, se desbordan. Verdades y mentiras que se mezclan, vida personal y vida nacional en las mismas páginas: “Yo no tenía la intención de dar el salto a la literatura, pero ocurre que me estoy divorciando, mi madre está enferma y me amenazan de muerte. Viene todo un colapso y decido escribir *Entre perros*. Fue una catarsis, un efluvio mental [...] En *Entre perros* debe haber como diez o quince cadáveres míos y tenía que sacarlos del clóset porque me estaban enloqueciendo. *Entre perros* es el libro que más quiero, ahí estoy yo con todos mis demonios, es un exorcismo donde dije: aquí va este cabrón que no quiero volver a ser”.

Eso en cuanto a la catarsis personal, su propia terapia de sanación, pero también el retrato de una crisis nacional, la violencia llevada a su expresión máxima y que lejos de ser simple literatura se transformó en realidad: “Un día se me ocurrió que a alguien le podían cortar la cabeza y poner la de un animal, y que fuera en el puente negro que es el símbolo de Culiacán. Yo lo pensé en 2004. El 2006 aparece un tipo colgado de un puente con la cabeza cosida de un cerdo. [...] La realidad terminó superando todo lo que había pensado y creo que con eso me quedó claro que no tenía sentido romperme la cabeza pues era más fácil voltearme a ver lo que estaba pasando en el país”.

Alejandro Almazán exorciza sus propios demonios en sus novelas, pero también los de México entero. Hablar sobre el narcotráfico, de capos y sicarios, le ha llevado a afrontar la crítica de estar realizando una apología, así como sucedió con su novela *El más buscado*, cuyo personaje principal es el Chapo Guzmán. Humilde, Almazán acepta ciertos errores pero intenta explicar el contexto: "Yo creo que me he equivocado en algunos momentos haciendo apología, pero no fue con dolo. Eran tiempos en que no sabíamos cómo contar, no sabíamos que describiendo al narco y cómo vivían y sus mujeres, estábamos haciendo apología. Después con el tiempo te das cuenta de que hiciste mal".

Inquirimos más allá en este punto que nos interesa particularmente. "¿*El más buscado* fue pensada como una apología al Chapo?". Es una apología y no, nos responde: "es el mito del Chapo y yo solo junté los mitos. En los capítulos impares estoy yo y mi postura sobre el narcotráfico. Yo no creo que el Chapo sea un héroe. Es responsable de muchas de las muertes y desapariciones que hay aquí. No puede ser un héroe. En *El más buscado* la intención era contar los mitos, como la película mexicana *El infierno*, yo todavía no había sacado mi novela y cuando la vi pensé que esto era lo que quería hacer, algo más sarcástico, burlarme de la propia violencia. Hemos tenido tantos años de sangre que necesitas otro tipo de género, quizá el humor negro, la ironía, para poder contar otro tipo de historias".

Otro género, otra forma de narrar la violencia, ¿entonces cómo contamos el narco? ¿desde qué aspectos lo narramos? ¿qué tono debe utilizar el narrador? le preguntamos a Alejandro. Lo fundamental es afinar el ángulo, nos dice: "Hay que determinar qué es lo que queremos contar, queremos hacer apología, entonces vamos y hagámosla. Queremos decir que el narco son unos hijos de puta, digámoslo. Queremos decir que el narco es el Estado, entonces contémoslo. Necesitamos líneas discursivas [...] La violencia no se va a acabar porque no se van a acabar las drogas. Como no se va a acabar, entonces veamos de qué manera podemos contribuir a través del periodismo y la literatura para que el país entienda. Lo único que no tenemos que hacer es apuntalar la versión oficial".

Crear conciencia por medio de la literatura, desbaratar la versión estatal, determinar qué se debe contar, qué se quiere contar, como lo está haciendo junto con otros periodistas como Lidia Cacho, Marcela Turat y Diego Osorno "vamos a la línea de fuego y hablamos con las personas. Lo que nos cuente la policía no le vamos a creer, sí a la gente que vive la violencia [...] ya nos ha entrado demasiada sangre en los ojos y hoy después de estar quince años escribiendo de narcos ya tengo claro lo que quiero escribir, ya no me quiero regodear en la sangre ni chapotear en las vísceras".

Es por ello que Alejandro, a pesar de ser incluido como representante de la narcoliteratura (o Generación ¡Bang! desde la perspectiva de Juan Pablo Meneses), reniega de esta clasificación. Ni regodearse en la sangre ni chapotear en las vísceras, simplemente contar lo que se está viviendo: "Todos los que escribimos sobre violencia y nos dicen que escribimos narcoliteratura nos encabronamos. A mí no me gusta el prefijo narco, y a muchos que escribimos sobre la violencia no nos gusta la narcoliteratura, nosotros creemos

que hacemos literatura de la violencia". Asume que se trata de un fenómeno editorial al que se sumaron los escritores del centro y del sur, poniendo al narco como personaje y no como espacio, como lo habían hecho los escritores del norte. No obstante, termina por reconocer que, independiente del nombre, estamos ante un nuevo género literario: "un género literario que se alimenta sobre todo de la realidad, lo que hacemos es terminar ficcionando la realidad, no estamos descubriendo el hilo negro". Sí, en cambio, Alejandro, mediante su escritura denuncia, grita, refleja y, quizás, incluso purifica un poco a ese México que le duele.